

Viaje al Polisario

José Agustín Goytisolo

ESTE pueblo nómada, esta vieja sociedad jerarquizada, orgullosa y feudal, que vivía de la ganadería, de la agricultura itinerante y del comercio de caravanas, es hoy un país en armas. La casi totalidad de la población civil está refugiada en los campamentos de las cercanías de Tinduf, y el Ejército del Frente Polisario, casi invisible, guerra en el territorio despoblado del Sahara, atacando a las tropas marroquíes donde y cuando le conviene.

Si se pregunta a un saharauí por el origen de su pueblo, la respuesta suele ser:

—Somos bereberes, descendientes de los almorávides.

Bereberes, claro que sí. Los bereberes estaban ahí desde la prehistoria, peleando con quien fuese. Se convirtieron al Islam a fines del siglo VII, y luego se enrolaron en los ejércitos árabes. Pero ¿almorávides? Se explican. En su inicio, los almorávides fueron una dinastía bereber que descendía de la tribu de los *lamtuna*, guerreros y pastores. Los *lamtuna* fueron los antecesores, en el Gran Sur de Argelia, de los *tuareg*, y aquí, en el Sahara Occidental, de los almorávides, de los que derivan los saharauís.

Ahora entra ya la Historia de España. Los almorávides establecidos en el Sahara Occidental se desplazaron hacia el Norte; en el siglo XI ocuparon Marruecos y en seguida gran parte de la Península Ibérica y también las Baleares. Si las mesnadas catalanas no los paran en el Congost de Martorell, se meten en Barcelona, vaya. Después de que los almohades y benimerines los desplazaran del poder, muchos almorávides se quedaron en España, en las zonas montañosas de la Alta Andalucía. Y existen documentos que prueban que cinco siglos después, al ser expulsados los moriscos en tiempos de Felipe III, varios contingentes de ellos, de origen almorávide, regresaron a estas tierras de África Occidental.

Quizás este largo viaje almorávide de ida y vuelta a España pueda explicar el gran parecido físico que existe entre los actuales saharauís y muchos hombres y mujeres de las sierras de Córdoba, Jaén y Granada; altos, delgados, ojos oscuros, pelo castaño bruno, color moreno claro y rasgos muy finos.

SALIMOS de la *jaima*, a estirar las piernas. Hemos estado todo el día metidos en los *jeeps*, cruzando el desierto. La noche está fría. Hace ya horas, antes de que la altiplanicie fulguran-



«La sociedad saharauí, en el mundo árabe, destaca por ser la más abierta»

te y bellísima ocultara el sol, los conductores, guías y viajeros que regresábamos en caravana a la base, tuvimos que abrigarnos con pellizas y chaquetones. Este pasar súbitamente del calor al frío y del frío al calor, se debe a que este territorio, al estar cruzado en su mitad por el Trópico de Cáncer, y en pendiente hacia el Atlántico, sufre, a la vez, la influencia de las altas presiones y de los vientos calientes que soplan desde el sureste, desde el interior del Gran Sahara, es decir, los sirocos racheados.

Hoy hemos estado en un hospital civil y en una escuela de formación para mujeres. En ambos lugares llama la atención el orden, la limpieza y la sencillez. La burocracia de estos saharauís casi no se nota, benditos sean, y la organización es muy eficiente. Pese a pasearnos por donde hemos querido, nadie ha vis-

to ni a un solo argelino —son muy fácilmente detectables— ni a otro tipo de forastero.

El hospital es fresco y amplio. Médicos y enfermeras hablan el hasaní entre sí, y han empleado un castellano perfecto para dirigirse a nosotros. Las salas y habitaciones están rotuladas en los dos idiomas. También en castellano han respondido muchos pacientes. El ambiente, pese a tratarse de un hospital con pocos medios, no tenía nada de patético.

En la escuela para mujeres nos tomamos los tres té de ritual, sentados en las esteras de la sala de recepción, mientras escuchábamos a las responsables del centro. Tampoco allí fue precisa la traducción simultánea. Las mujeres, de edades entre catorce y veinticinco años, reciben clases de árabe, castellano, matemáticas, ciencias naturales y ciencias sociales. Y trabajan en talleres de artesanía y de confección de calzado y vestido. Están en régimen de internado, y las que tienen hijos pequeños disponen para ellos de un jardín de infancia. Estuvimos luego recorriendo todas las dependencias.

A propósito de mujeres. Estas saharauís llaman la atención por su desenvoltura, por su carácter alegre y decidido. Y también porque, en general, son muy bien parecidas y esbeltas, y en muchos casos de una gran belleza. Son mucho más hermosas, a nivel medio, que sus vecinas argelinas, marroquíes o mauritanas. Como sus antepasadas almorávides, llevan siempre el rostro descubierto, y alternan y discuten con los hombres sin timidez alguna. No sé quién le dijo a una de ellas, que aún debe estar riéndose:

—Mostráis la cara porque sois muy bonitas de mirar. Vuestras vecinas se cubren, y hacen bien, porque se saben feas.

Lo cierto es que la sociedad saharauí destaca en el mundo árabe por ser la más abierta y la menos fanática de todas. La religiosidad no se nota. No existen mezquitas, y es muy raro ver a alguien practicando el rezo de ritual, de rodillas hacia el Este, hacia la Meca. Quizá sea porque el interés de los saharauís está, precisamente, en el lado opuesto, en el Oeste, en Sagüía el Hamra y Río de Oro, en ala desierto, rica y hermosa tierra por cuya libertad pelean.

José Agustín Goytisolo. Escritor. Autor de *Palabras para Julia*. A veces gran amor...